

fermedad contagiosa. Los demas no regresaron hasta despues que los Paisés-Bajos recobraron su libertad. Este bárbaro trato sirvió todavía para aumentar el odio que se profesaba al nuevo gran vicariato de Gante, y al que dirigia sus negocios, acabando de arruinarlo en la opinion otro acto no menos ruidoso. El 15 de agosto, dia de la Asuncion, el abate de la Brue, hizo una procesion por toda la ciudad, por la fiesta del emperador. Negáronse á asistir á este acto siete curas, por no tener que comunicar con él, é hicieron la procesion y las plegarias de costumbre en sus iglesias. Al dia siguiente, se publicó contra ellos un entredicho concebido en los términos mas injuriosos, en el cual parecia que, en tanto que se estaban invocando las reglas, se burlaban altamente de ellas. Ocultáronse los siete curas, y el autor de este golpe de autoridad creyó haber derribado por medio de esta hazaña á los que se le habian opuesto. Al contrario, lo que consiguió fué echar á perder su causa con semejantes violencias, de suerte que hasta le reconvinieron los de su mismo partido. Sobre unos mil dos cientos eclesiásticos que componian el clero de la diócesis solo unos treinta reconocieron á los nuevos grandes vicarios; y eran, á poca diferencia los mismos que en otras épocas ya habian dado muestras de su contemporizacion. Quedáronse las cosas en este estado hasta fines de enero inmediato, en cuyo tiempo salieron de la ciudad el abate de la Brue y su consejo, habiéndola abandonado

los franceses en la noche del 1º al 2 de febrero. Apagóse entonces el cisma, presentáronse al público los sacerdotes ocultos; los grandes vicarios del obispo recobraron el ejercicio de sus funciones, y los que habian contribuido en los últimos disturbios se apresuraron en dar satisfaccion. Hemos pasado por alto algunos escritos publicados en pro y en contra la administracion del cabildo, y nos hemos limitado á los hechos principales, por cuanto nuestro plan no nos permite entrar en pormenores demasiado minuciosos.

## 1814.

— El 23 de enero, sale el Papa de Fontainebleau. Nuevos y grandes acontecimientos se iban sucediendo con rapidez, y la Providencia los estaba aplicando al cumplimiento de sus designios. Los ejércitos aliados habian invadido la Francia y la Italia, marchando contra el ambicioso perturbador de la Europa, el cual veia escapársele cada dia mas esa fantasma de gloria y ese coloso de poder que se habia formado al precio de tanta sangre. En medio de esta inclinacion rápida, tuvo la pesadumbre de ver declarado contra él á su propio cuñado, á quien habia colocado en el trono de Nápoles. Concluyó este un tratado con las potencias aliadas, y ocupó en su virtud el Estado de la Igle-



sia. Parece que no se decidieron sino como por via de entretenimiento á enviar al Papa á sus Estados, prefiriendo verlos en sus manos, que en las de un soldado ambicioso. Así que se negoció con el Papa, encargándose á un obispo que le hiciese de su parte nuevas proposiciones. El S. Fallot de Beaumont, obispo de Placencia, recibió la orden de marchar á Fontainebleau, donde obtuvo una audiencia, preguntando al Papa si se hallaba dispuesto á entrar en negociaciones. El Pontífice á quien se habia querido engañar tantas veces, tenia derechos á desconfiar de las promesas de un hombre tan falso y ratero, como violento y arrebatado, y de consiguiente contestó que estaba decidido á no hablar mas de negociaciones, como no se hallase en Roma, y que habia prohibido á sus cardenales toda conversacion acerca de este particular, en cuya resolucion se sentia dispuesto á permanecer. Acaeció esto á 19 de diciembre de 1813. A 5 de enero inmediato recibieron tres obispos la orden de ir á saludar al Papa; mas nada se trató entre ellos seriamente, y se pasó la audiencia en cumplimientos y conversaciones indiferentes. Parece que no admitió el Papa al cardenal Maury, el cual habia ido aquel mismo dia á Fontainebleau. A 19 de enero, regresó á este punto el obispo de Placencia, encargado de presentar al santo padre un bosquejo de tratado, en virtud del cual se le volvería la parte occidental de sus Estados. Hase dicho que el Papa hubiese renunciado á lo demas;

mas el proyecto que hemos visto no encerraba semejante cláusula. El 20 de enero, recibió dicho prelado una audiencia del Papa y le hizo esta proposicion. El soberano pontífice contestó que la restitucion de sus Estados era un acto de justicia, y que no podia ser objeto de un tratado; que todo lo que él practicase fuera de sus Estados llevaria el sello de la violencia; que él no queria otra cosa que regresar á Roma, y que ningun obstáculo lo detendria. Sin duda que las noticias de Italia y la necesidad de un entretenimiento decidieron mucho mas que dicha contestacion al perseguidor de la Iglesia á enviar por fin á Pio VII á Roma. Acostumbrado, empero, á sellar todos sus actos con un caracter de dureza y violencia, ni siquiera supo darse el mérito de un acto de justicia. La partida del Papa pareció una continuacion de los malos tratos que le dieran. Solo se le previno el dia antes de su partida y le hicieron partir solo y escoltado por los gendarmes. El 23, despues de haber celebrado la misa y recibido los adioses de los cardenales, subió S. S. en el coche y tomó el camino de Orleans, hallándose el de Leon demasiado cercano al teatro de la guerra. El frio era riguroso, y las precauciones, el misterio y rigor que se empleaba en el viage llegaron á llenar de zozobra á los amantes de la religion. En cuanto á los cardenales se les hizo marchar de Fontainebleau, el uno despues del otro, de modo que no pudiesen hallarse juntos. Las gastos del viage eran de su cuenta, y



hasta debían pagar al gendarme que los acompañaba. Condujéronlos á todos por el mismo camino que habia seguido el soberano pontífice, por los diferentes destierros que les habian señalado en las ciudades del Languedoc y de la Provenza. Esto no obstante recogia el Papa en todas partes cien muestras de respeto. Limoges entre otras lo recibió con muestras declaradas de adhesion y de interés. En Montauban, en Carcasona, en Montpellier, no anduvieron en zaga á Limoges por lo que toca en tributarle homenajes. El gobierno seguia diciendo que el Papa iba á Roma, y ya empezaba á desconfiarse de este rumor, cuando un decreto, dado á 10 de marzo, anunció que el Papa entraria en posesion de la parte de sus Estados de la cual se habia formado los departamentos de Roma y del Trasimene. Tocando ya el imperio de su perseguidor á su fin, veíase obligado á su pesar á desprenderse de sus proyectos ambiciosos. Ese hombre, cuyas águilas habian posado en Moscow, se veia reducido á luchar en las llanuras de la Champaña contra ejércitos numerosos, y solo en este extremo pudo consentir en volver la libertad al Papa. El pontífice, despues de haber atravesado la Provenza y pasado algun tiempo en Savona, salió de ella á 19 de marzo y siguió su ruta por Acqui, Alejandria y Tortona. Por todas partes estallaba en públicas muestras de entusiasmo el respeto de los pueblos á este ilustre confesor. El 23 de marzo fué el primer dia, en que se vió completamente libre,

hallándose en Fiorenzuola, cerca de Placencia, ya en medio de las tropas aliadas. Tributáronle los mas distinguidos honores, y se celebró con la mayor efusion de regocijo la libertad del soberano Pontífice. A 25 de marzo, entró en Parma, y á 31 del propio mes hizo una entrada mucho mas pomposa en Bolonia, precisamente el mismo dia en que los soberanos aliados entraban en París. Volvieron los Napolitanos al Papa la parte occidental de sus Estados, de la cual se habian apoderado; y el pontífice envió un delegado á Roma para tomar posesion de la capital, y permaneció algunas semanas en Imola, donde habia estado de obispo, y luego en Cesena su pais natal. Aguardaba allí el éxito de los grandes acontecimientos que estaban realizándose á la sazón en Francia, y la vuelta de los cardenales y prelados, cuya libertad iba á seguir de cerca á la del pontífice.

—El 3 de mayo entra Luis XVIII en París<sup>1</sup>; veinte y tres años hacia que habia salido este príncipe de Francia, y habia diez y nueve que andaba errante

<sup>1</sup> Algunos pormenores acerca de la restauracion de los soberanos legítimos no parecerán sin duda estraños á nuestro plan. Despues de haber arrostrado tantos sacudimientos, tantos crímenes y tantas usurpaciones, consuela sobremana manifestar como la Providencia llama á los augustos proscritos, los repone en sus tronos, y deja entrever á los pueblos dias mas sosegados y mas serenos. La religion, sobre todo amiga de la legitimidad, debe felicitarse del triunfo de los principios que consagra, y se le debe permitir que se detenga con gusto en el restablecimiento de estos príncipes, cuyas virtudes y piedad dan margen á esperar que son llamados á enjugar sus lágrimas y á cicatrizar sus heridas.



por países extranjeros, revestido de las insignias de rey. Durante este largo tiempo no hemos hecho sino recorrer un círculo interminable de crímenes y desdichas. Constantemente agitados, constantemente oprimidos, sentíamos la necesidad de mudar un yugo pesado y vergonzoso en un gobierno tranquilo, justo y moderado. No parecía sino que el mismo Bonaparte habia tomado á su cargo apresurar nuestra libertad por medio de sus extravagancias y furores. Habia sublevado todos los pueblos contra nosotros, y atraído sus ejércitos hasta el centro de la Francia; y aun cuando le ofrecian la paz con condiciones bastante ventajosas, se quiso obstinar en prolongar una lucha desigual y desastrosa. El 30 de marzo de 1814 el grande ejército aliado, le engañó en su marcha, y se presentó en los muros de París, atacando sus cercanías. Las pocas tropas que se hallaban en la capital se esforzaron en resistir, á pesar de la estrechada desproporcion de sus fuerzas. Mas el mismo dia por la tarde la ciudad capituló, y al dia siguiente el Emperador de Rusia, el rey de Prusia, y el príncipe de Schwarzenberg, general en gefe del ejército austriaco, hicieron su entrada en París, á la cabeza de sus tropas, mas bien como amigos que como vencedores. Inmediatamente declararon que no tratarian ya mas con aquel contra quien hacian la guerra, y que dejarian libre á la nacion, afin de que se eligiese su gobierno. La eleccion no podia ser dudosa. Mas de la mitad de la nacion habia

conocido el reinado de los Borbones, y habia disfrutado de la suavidad de su régimen. Los demas habian de estar fatigados de tantos ensayos desgraciados, y disgustados de tantos otros todavía. Por lo tanto todos los votos estuvieron por una familia augusta, cuyos derechos no habia podido abolir la proscripcion, haciéndolos mas gratos todavía sus desdichas, así como nos los hacian necesarios las nuestras. Manifestáronse altamente estos votos tanto en la capital, como en otras partes. Ya se habia presentado en el Franco-condado y en la Lorena un príncipe de esta casa, Misenor, conde de Artois, dando muestras en ella de la gracia y la bondad de un hijo de Enrique IV. Su hijo primogénito el S. duque de Angulema habia entrado en Burdeos, á 12 de marzo, donde le acogieron con vivas demostraciones de alegría. En tanto que se aguardaba la llegada de estos príncipes se formó en París un gobierno provisorio, y tanto las corporaciones como los particulares los estaban deseando á porfia. El 11 de abril, retirado Bonaparte en Fontainebleau con los restos de su ejército, firmó su abdicacion en el mismo palacio donde habia detenido tanto tiempo al gefe de la Iglesia. Quisosele dejar la soberanía de la Isla de Elba para la cual partió á 20 de abril, acompañado de los comisionados de las potencias aliadas. El 28 se embarcó en Frejus, llevándose con él el odio de los pueblos, á quienes debia volver á desafiar todavía. Al dia siguiente á su abdicacion, Misenor



entró en París en medio de las aclamaciones de los habitantes dichosos con el regreso de un Borbon. Mucho mas fiel á los movimientos de su piedad que á las usanzas de su familia, se fué inmediatamente á la iglesia metropolitana á rendir gracias á Dios por su regreso. Amontonábase la muchedumbre de gentes para ver á un hijo de Enrique IV, que regresaba como este despues de tan ásperas pruebas. Señalóse esta feliz revolucion con muchos beneficios; pues se mandó abrir las puertas de las cárceles á los prelados y ministros que la tiranía habia encerrado por delitos imaginarios y honorables, los cuales, aun cuando ya habia muchos años que estaban presos, probablemente no hubiesen visto la luz del dia, á no sobrevenir la caida de su opresor. Los cardenales confinados en diferentes ciudades recibieron la orden de regresar á Italia. Igualmente se volvió la libertad á todos los que estaban presos por asuntos políticos, ó condenados por hechos de conscripcion; y desde entonces tuvieron término las pesquisas, las persecuciones, las medidas arbitrarias y las prisiones ilegales. El conde de Artois dispuso la restitucion de la tiara y del anillo del Pescador, lo cual habian quitado al Papa, igualmente que los arcebispos romanos trasportados á París con grandes gastos. La vuelta de este príncipe no fué sino el preludio de la del gefe de esta casa. Retirado á la sazón Luis XVIII en Hartwell, se dispuso á dejar esta residencia, desde que llegó á su noticia lo que

estaba acaeciendo en Francia. Llegó á Londres el 20 de abril, y lo recibieron tributándole los honores debidos á su rango, y el 24 desembarcó en Calés. ¡Qué pensamientos le asaltarían al pisar esta tierra tan mancillada de crímenes! Mas su bondad corrió sin duda un velo sobre recuerdos tan tristes, su marcha hasta fué lenta y triunfal. Bolonia, Amiens, Compiègne le acogieron con transportes de regocijo: el dia 3 de mayo entró en la capital, á donde habian acudido gentes de todas partes del reino para ser testigos de tan hermoso dia. Acompañaba al Rey madama la duquesa de Angulema, su sobrina, el S. duque de Berry, su hijo; y los dos príncipes de Condé y de Borbon; rodeaba además á S. M. un acompañamiento brillante y numeroso. Mas su principal ornato puede decirse que era la multitud inmensa que llenaba todas las calles y el gesto de alegría y entusiasmo que se echaba de ver en todas las fisonomías. Ninguna época se habia señalado con tantas demostraciones de alegría y embriaguez. Marchóse el monarca á la Metrópoli, donde se cantó el *Te Deum*, y por la tarde entró en el palacio de sus padres, tanto tiempo profanado por indignos y oscuros usurpadores. Los primeros actos de su gobierno indicaron el espíritu que lo debia de animar; pareció desde luego dar al olvido todos los extravíos; no hizo sino las deposiciones mas indispensables en los empleos, y se esforzó en curar las llagas del Estado, á fuerza de indulgencia y de bondad. El 1º de junio, se



proclamó la paz, en virtud de la cual el territorio de Francia se volvió, á poca diferencia, al estado en que se hallaba en 1792, y las tropas de los soberanos aliados se volvieron á sus Estados. Cuatro dias despues S. M. proclamó en una sesion real una constitucion para la monarquía. Todos los personajes de su familia fueron compareciendo sucesivamente en su patria, entre otras la hija del príncipe de Condé, la cual, penetrada del mismo espíritu que madama Luisa, habia profesado en la Congregacion de las religiosas del Santo Sacramento, observando su regla con mucha exactitud; ejemplo brillante de desprendimiento y religion en un siglo tan orgulloso é incrédulo. Los emigrados que no se habian aprovechado de las leyes anteriores para regresar á su patria, permaneciendo constantemente adictos á la suerte del Rey, se volvieron entonces al seno de sus familias, lo mismo que los prelados que habian rehusado tomar parte en el concordato de 1801. Casi todos estos residian en Inglaterra, y ya no eran mas que unos catorce. Su regreso á Francia no acarrió ninguna mudanza en la situacion de los negocios eclesiásticos. Aunque se mirasen constantemente como los legítimos titulares de sus sillas, se abstuvieron de ejercer su jurisdiccion por habérsela privado el Papa en su bula *Qui Christi Domini*; y dejaron á los nuevos obispos en tranquila posesion de la administracion espiritual. Muy deplorable es que todos los ministros del altar no hubiesen seguido

las mismas reglas de discrecion y respeto. Hubo muchos que escitaron divisiones y que hasta escribieron contra los obispos no dimisionarios, á quienes acusaban de prevaricacion y de debilidad, porque estos prelados se negaban á autorizar el cisma. Semejante exageracion hizo todavía mas urgente la necesidad de recorrer al soberano Pontífice, y de poner término á estas disputas por una transaccion hecha de acuerdo entre las dos potencias. No con otra mira mandó el Rey salir para Roma, en calidad de embajador extraordinario cerca de la santa Sede, al S. de Pressigny, antiguo obispo de San Malo. Formáronse sucesivamente en París dos comisiones de obispos para el propio objeto. Y si no ha parecido todavía ningun resultado de estas negociaciones, es menester atribuirlo sin duda á la importancia del negocio, á la necesidad de conciliar los intereses diversos, y á la madurez que reclama un arreglo cuando ha de ser definitivo y duradero. Mientras se estaba aguardando una conclusion tan necesaria y deseada, el Rey adoptó muchas medidas para el bien de la religion. Su ilustrada piedad era un grande ejemplo para sus súbditos, los cuales habian perdido el hábito de contemplar la religion respetada por los depositarios del poder. Asistia S. M. regularmente todos los dias al santo sacrificio de la misa, y los domingos al oficio, y sábese que en las grandes solemnidades solia comulgar. No era menos viva ni menos brillante la piedad de Madama, y de los